

LA HERENCIA MEDITERRÁNEA DE LA CULTURA EUROPEA

per

J.-E. Ruiz-Doménec

(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA)

De todas las dimensiones de la compleja transformación histórica que tuvo lugar en Europa a lo largo de los siglos xv y xvi, seguramente la más difícil de comprender es la dimensión cultural. Ésta no es tan apreciable como lo es la consolidación de una *economía-mundo* y el desarrollo del capitalismo, o la formación del estado dinástico y la reforma religiosa que conduce al luteranismo. Por contra, las formas de expresión cultural se nos presentan ocultas por la brillantez de los acontecimientos que enmarcan la vida política: reyertas entre *condottieri*, golpes de estado, expansión turca, guerras civiles o violencia urbana.¹

El estudio de la transmisión cultural ha estado siempre acosado por esa peculiar opacidad: por el carácter de su *colloidal solution*.² Desde Jacob Burckhardt y sus precisos retratos, desde Lionel Trilling y sus conocidas indagaciones sobre la ética de la autenticidad hasta William J. Bouwsma y su análisis de la ansiedad, se han logrado fijar algunos de los problemas centrales del modo y la forma de incorporación de los ideales mediterráneos en la cultura europea.³ El problema no consiste en construir definiciones de cultura. Tenemos de sobra, e incluso su gran número es prueba de cierta debilidad en el pensamiento. El problema actual

¹ La última visión de conjunto en John DALE, *The Civilization of Europe in the Renaissance*. Londres, Fontana Press, 1993.

² Marvin B. BECKER, *Civility and Society in Western Europe, 1300-1600*. Bloomington & Indianapolis, Indiana University Press, 1988, pp. 84-142.

³ Jacob BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien. Ein Versuch*, en *Gesammelte Werke*. Basel/Stuttgart, Schwabe & Co. Verlag, 1978, vol. III. Lionel Trilling, *Sincerity and Authenticity*. Cambridge, Harvard University Press, 1972. W.J. Bouwsma "Auxiliary to the Formation of Early Modern Culture", en *After the Reformation: Essays in Honor of J.H. Hexter*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1980, pp. 215-246.

consiste en descubrir los medios de transmisión del sistema de valores creado a orillas del Mediterráneo y que en cierto modo constituye uno de los fundamentos de la cultura europea.

Puede parecer extraño esto. ¿Qué ocurrió en el largo período de tiempo que separa a Coluccio Salutati de William Shakespeare, para que se pueda hablar de una importante traslación de la cultura de su núcleo original, el Mediterráneo, a su nueva arena creadora, el Atlántico norte? La explicación de este fenómeno no se ha realizado sin éxito, y la labor que me propongo realizar ahora es continuar dichos éxitos.⁴ Pero, ¿cómo relacionar entre sí las diversas formas de expresión cultural, desde el soneto al retrato, desde la invención de la imprenta a la escenificación del drama isabelino? La respuesta es bien sencilla: buscando las raíces sociales de las expresiones culturales.

No hay nada extraño en esta postura. Significa simplemente que deberemos distinguir entre la producción cultural como un hecho autónomo y la consideración de los fenómenos culturales como sistemas significativos, es decir, como metáforas de una realidad social profunda. Cuando dicha distinción se produce, el estudio de la cultura se transforma de ser una mera derivación de la *Kulturkritik* de inspiración modernista (desenmascarada en todos sus detalles por Leon Surette)⁵ en un tipo de disciplina asentada en la hermenéutica, es decir, en un método con el que, y lo diré con las acertadas palabras de Clifford Geertz, *se pueda emprender una crónica del imaginario de una sociedad*.⁶ No puedo llegar muy lejos en el análisis de la transformación cultural acaecida en los siglos xv y xvi -el carácter limitado del presente trabajo me lo impide-, aunque me gustaría dejar claro cuáles son sus rasgos principales.

Comenzaré por datar el fenómeno. A finales del siglo xiv, Coluccio Salutati inaugura una nueva concepción del poder donde el individuo gobernante se implica profunda e íntimamente en las principales ficciones mediante las que el orden político organiza la vida social. *De tyranno*, la magnífica obra que Salutati dedica a este asunto, traza las vicisitudes de los actos de gobierno como si se tratase de una obra de arte.⁷ La habilidad de Salutati para sostener una línea de

⁴ Puede seguirse en William KERRIGAN & Gordon BRADEN, *The Idea of the Renaissance*. Baltimore & Londres, The Johns Hopkins University Press, 1989.

⁵ LEON SURETTE, *The Birth of Modernism*. Montreal & Kingston, McGill-Queen's University Press, 1993.

⁶ C. GEERTZ, *Local knowledge. Further essays in interpretation anthropology*. Nueva York, Basic Books, 1983 (trad. Barcelona, Paidós, 1993, p. 14)

⁷ COLUCCIO SALUTATI, *Traktat vom Tyrannen*, ed. Alfred von Martin. Berlin, 1913. Sobre su significado cfr. Hans BARON, *La crisi del primo rinascimento italiano*. Firenze, Sansoni, 1970, pp. 161-183.

pensamiento coherente en medio de un frenesí de místicos delirios, el talento para hablar de valores universales en un momento de crisis es, aunque se mencione poco en la actualidad, una de las condiciones definitorias de la *Mastery of Nature* del Renacimiento europeo.⁸ Las ideas de Salutati (recogidas en parte por Maquiavelo, Moro o Guicciardini) fueron reconsideradas dos siglos más tarde por William Shakespeare, en particular en su obra *Coriolano*, con el fin de situar de una vez para siempre los ideales mediterráneos dentro de la historia de la cultura europea.

Shakespeare transforma la tradición cultural italiana (y por extensión mediterránea) en una lectura interiorizada de la modernidad.⁹ Gracias a *Otelo*, *El mercader de Venecia* o *Romeo y Julieta*, el universo de las ciudades mediterráneas se hace presente en la memoria europea. Valores como el mestizaje, el choque de culturas, el dinamismo de los grandes centros comerciales crean un tejido social de tanta intensidad y de tan profundas raíces que provoca una explosión sin precedentes (y empleo aquí el concepto al modo de Jurij M. Lotman)¹⁰ que en menos de medio siglo hace posible una vigorosa traducción de la herencia mediterránea con el fin de adaptarla a los nuevos valores que rigen la cultura europea.

Así fue como ciertos elementos imaginarios surgidos en el Mediterráneo se desarrollaron en la cultura europea, transformándose a partir de una toma de conciencia diferente. Galileo sin ir más lejos resumió las tradiciones que van de los centros médicos de Salerno a la jurisprudencia boloñesa, y afirmó su continuación fuera de la geografía que las hizo posible: en las academias científicas de Inglaterra o Francia, consagrándose así el gran viraje europeo: pues lo que antes era un asunto mediterráneo muy pronto se hizo un movimiento anglosajón y protestante. Newton por su parte recogió, incluyó y disfrazó la herencia mediterránea en el interior de una conceptualización nueva, y revolucionaria, que afectó no solo a la Física sino a las ideas políticas. La operación, según Stephen Toulmin, no es totalmente positiva.¹¹ Newton afirma una modernidad que incluye dentro de sí la idea de progreso, que le obliga a tomar distancia crítica del espíritu de la Contrarreforma y, en parte, incluso del Barroco.

⁸ THOMAS D'ACOSTA KAUFMANN, *The Mastery of Nature. Aspects of Art, Science, and Humanism in the Renaissance*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1993.

⁹ En parte sigo los argumentos de FRANCIS BARKER, *The tremulous private body: essays on subjection*. Londres, 1984.

¹⁰ J.M. LOTMAN, *La cultura e l'esplosione*. Milán, Feltrinelli, 1993

¹¹ S. TOULMIN, *Cosmopolis. The Hidden Agenda of Modernity*. New York, Macmillan, The Free Press, 1990.

La cultura del Renacimiento (y me expreso así sabiendo lo que está en juego al emplear estos dos conceptos)¹² exige un cierto código de recepción para sus refinadas elaboraciones literarias o artísticas, basado en una clara conciencia de ruptura con lo anterior (como se ve en la obra de Vasari), con un principio y un fin perfectamente delimitados, con un fuerte apego a la verosimilitud de los hechos. Esta *virtù* tan característica del genio italiano, como solía decir Alfred von Martin,¹³ crea un mundo crítico e imaginativo que le concede al refinamiento artístico y al humanismo el privilegio de hacer realidad los sueños más fantásticos: desde Polifilo a Filaretes esas utopías, sean literarias o arquitectónicas, no sólo multiplican los efectos culturales, sino que favorecen la aparición de una realidad racialmente pura.

La libertad creativa es la que conviene al mundo de los negocios ideado desde los dorados tiempos de Benedetto Zacharia, e incluso desde antes. Los narradores de esa aventura vital, que es la hechura mediterránea y su modo de ser, son poetas, pero también cartógrafos, navegantes, mujeres que se hacen con las riendas de los negocios de sus maridos difuntos (como hace Alessandra Mazzinghi-Strozzi). Géneros confusos: nada es como el modelo, en un poema se inserta el espíritu de la novela, en un relato corto aparecen universos complejos de tanta envergadura como en los grandes poemas épicos franceses. Un mundo consciente de sí mismo que rechaza la ilusión de ser el reflejo de una realidad-otra, lejana, apenas vislumbrada durante unos pocos años, y metamorfoseada por obra de Rusticello de Pisa que supo anotar con precisión los recuerdos de aquel veneciano ilustre que se llamó Marco Polo. Actitud crítica ante los valores de la modernidad, que gana el derecho de analizar con dureza el mundo que le rodea porque primero se critica a sí misma, y los límites que ha impuesto a sus mecanismos de capilarización social. Y cultura de desplazamientos múltiples, en riesgo permanente, en la que ningún negocio es definitivo: el dinero, que según Alberti, es lo más precioso del mundo, vive siempre a la intemperie porque la inflación, el coste de los seguros, la deflación monetaria, las crisis bancarias acechan en cualquier momento. Pero, aun así, todos viven en un lado y otro de sus riberas abandonando la tierra firme, arriesgándolo todo, incluso la vida, en la aventura de ese dinero, que les convierte a todos de un modo u otro en capitalistas.

¹² En el interesante libro de Jean DELUMEAU, *La civilisation de la Renaissance*, Paris, 1984, se elige el concepto *civilización* y no *cultura*, como había hecho en su día Jacob Burckhardt, probablemente no por una toma de distancia ante el legado historiográfico, sino más bien, como apunta Yurij LOTMAN, *op. cit.* p. 22, porque prefiere seguir los procesos graduales en lugar de los explosivos.

¹³ A. von MARTIN, *Soziologie der Renaissance*. Stuttgart, Enke, 1932.

El mundo mediterráneo forjó todos estos elementos durante más de tres siglos y los puso al servicio del problema más radical con el que se enfrentará la cultura europea: su propia identidad. Tres siglos de mestizaje social, cultural e ideológico entran en conflicto con los prejuicios de una clase social austera, forjada en el luteranismo o el calvinismo, desafía su inteligencia para entender de que se trata cuando se ponen barreras al movimiento de ideas, de personas y de principios culturales.

El *Orlando Furioso*, la gran obra de este tiempo, publicada por Ariosto en 1516, es el resumen y al mismo tiempo la profecía de la cultura europea en busca de su identidad. Entre sus hermosos versos, y entre las cadencias de su relato, se inserta un discurso pleno de sentido sobre el significado del choque de dos grandes religiones (cristianismo e islamismo) y sobre el valor de la frontera como principio político. En este momento, Ariosto nos descubre la manera de observar una Europa que apostaba claramente por su identificación cultural con occidente. Lejos de toda intención nostálgica o panfletaria (pocas grandes obras tienen esa intención), logra dotar a su historia y a sus protagonistas de una reflexión sobre el espacio europeo que está por llegar. Con ello, Ariosto inaugura un nuevo modo de hacer novela (que culminará en Thomas Mann, como el modo de hacer novela de Rabelais alcanza su cima con Kafka y Kundera).¹⁴

Desde ese momento la suerte está echada. La herencia mediterránea se fija en la cultura europea, y se olvida de su propio *lebenswelt*. Inventa el Oriente. No hay revolución histórica sin un desplazamiento de las líneas geográficas. En la época de Ariosto esa era la cuestión, mucho más que el equilibrio de las naciones, o la decisión española de intervenir en Nápoles o Milán. La geografía se desplaza hacia el noroeste, y acerca el oriente a las mismas puertas de lo que había sido la cuna de la civilización latina. Oriente es entonces ya la costa de Anatolia, pero también Macedonia, Grecia e incluso Serbia y Montenegro; como lo es buena parte de Moldavia, de Ucrania e incluso de la Bielorusia. La occidentalización de Europa pone fin a la tranquilidad bucólica que habían soñado los hermanos Lorenzetti al pintar el gran fresco que decora la sala del *palazzo comunale* de Siena. Nuevos espacios al otro lado del Atlántico sustituyen a las viejas ciudades comerciales del Mar Negro o del Egeo. Todo ello unido a un creciente deseo por amurallar lo que se entiende por Europa, asediada en Viena o la Dalmacia por el avance turco.

¹⁴ Para estos pormenores véase J.E. RUIZ-DOMENEC, *La novela y el espíritu de la caballería*. Barcelona, Mondadori, 1993.

Pero el desplazamiento también es interno. El imaginario del Mediterráneo se modifica sustancialmente: se transforma en sujeto de tragedia.¹⁵ La novedad de Shakespeare es que reúne todo en un mismo cuadro de poderosa ambición. Su tema preferido: es el límite del poder. Sus protagonistas, reyes ambiciosos o héroes melancólicos, tienen un mismo objetivo: comprender la trama de las acciones políticas. La resonancia que Shakespeare le da a este tema se debe, como queda demostrado en la inteligente obra de Stephen Greenblatt, a la amplitud del desplazamiento cultural que abarca:¹⁶ todo lo que había sido importante en el Mediterráneo, y que el Renacimiento italiano transformó en un *grenzwächertum* intelectual, como solía decir Aby Warburg, se convirtió en eje de un replanteamiento poderoso de los paradigmas de la civilización europea. El sistema de valores del mundo mediterráneo se desplaza para medir mejor las posibilidades de una sociedad que, en frase de Braudel, se ha convertido en un mercado a escala mundial.¹⁷ Fascinado en parte por la obra de hombres como Ariosto o Tasso, Shakespeare sale al encuentro del mundo mediterráneo con la intención de convertirlo en la memoria de Europa.

El encuentro ocurre gracias a la capacidad de su genio creador, no gracias a una operación sentimental de buenas intenciones.¹⁸ Técnica narrativa y problemática universal se asocian para ofrecer un diagnóstico de lo mejor y de lo peor de esos dos siglos de elevada creatividad que a la altura del 1600 se miran con aguda melancolía. Shakesperare obtiene este resultado dramático (sin duda el más preclaro y el más intenso desde los tiempos de Sófocles) al valorar el cruce de hombres, el cruce de culturas, el cruce de sentimientos que fue el Mediterráneo por él soñado. Ese mestizaje que hace de Otelo, el paradigma de un modo de ser universal, psicológicamente inestable, el celoso sin fundamento, el negro que atenaza con sus manos a la frágil doncella de cabellos rubios, es al mismo tiempo la mejor metáfora sobre esa necesidad de huir de la frontera, de tomar distancia ante el extranjero, convertido ya, y para siempre, en el otro.

La adopción de los ideales mediterráneos por parte de la cultura europea significó en primer término y antes que nada el fin de la pluralidad racial, del mestizaje: una acción que se hizo con violencia en aquellos países de frontera,

¹⁵ Véase al respecto la excelente obra de Catherine BELSEY, *The Subject of Tragedy: identity and difference in Renaissance drama*. Londres, Methuen, 1985.

¹⁶ S. GREENBLATT, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare*. Chicago, University of Chicago Press, 1980.

¹⁷ F. BRAUDEL, *La dynamique du capitalisme*. París, Arthaud, 1985.

¹⁸ Una idea que en parte debo a las sutiles reflexiones de Hans BLUMENBERG, «The Concept of Reality and the Possibility of the Novel», en *Perspectives in German Literary Criticism*, eds. Richard E. Amacher & Victor Lange, Princeton, Princeton University Press, 1979.

como España en el que la autoridad política explotó a judíos y musulmanes del territorio nacional. Lo que emerge de repente, como fruto de una explosión sin precedentes, al filo del 1500, es una racionalización desencantada del mundo donde los personajes se afanan por adquirir una ética diferente, la protestante, de la que había forjado las virtudes públicas y privadas del primer capitalismo.¹⁹ A la vez, los agentes portadores de esas nuevas virtudes confluyen para crear una unidad en los principios de los negocios, sea en Amsterdam o Londres, que evite el mestizaje cultural, y pone límites a los negocios fuera de una comunidad. Este proceso que termina con los centros múltiples (algo tan característico de la economía en tiempos de Francesco di Marco Datini²⁰), adquiere una fuerza extraordinaria con la *reinclusión* de la economía en los asuntos del estado, que es al fin de cuentas la cuestión pendiente en este primer capitalismo. Los estados comienzan a entenderse en términos de cifras, y combaten también en tales términos. El lenguaje de la economía, escribe Immanuel Wallerstein, es una reelaboración continua de todos los niveles de sus operaciones, y se comienza a estratificar las operaciones porque el nivel del negocio es cada vez mayor.²¹ Ahora, los demás son sociedades extrañas, en las que los inmigrantes ni siquiera tienen voz pública.

La arena de estos debates, ya lo sabemos, es la ciudad. En los siglos xv y xvi, las ciudades imponen su ley: aún viven pertrechadas sobre sólidos muros, algo que surgió de la impresión provocada por la Peste Negra, o por el avance turco, tras la muerte de Tamerlán; pero la ciudad como sede de la modernidad necesita inventarse aún. Los utopistas van demasiado lejos: es preciso encontrar un medio adecuado, económicamente correcto, que permita vivir en ellas, con comodidad, de distinguirlas de las aldeas o de los villorios en los que aún pululan gentes al margen de la ley. Lo que se descubre en este desplazamiento de los sueños mediterráneos referidos al mundo urbano, es una necesidad de perder tales muros, y fosos, de abrirse, y donde los valores del pasado se desvanezcan para dar entrada al avasallador impulso de los dos grandes mitos de la ciudad moderna, la ambición por el dinero y la voluptuosidad del sexo.²² Braudel, en unas brillantes

¹⁹ La idea es de Max WEBER, *Protestantische ethik*. Tübingen, J.C.B. Mohr, 1922 (trad. Barcelona, 1969). cf. William H. McNEILL, *The Rise of the West: A History of the Human Community*. University of Chicago Press, 1963.

²⁰ Véase el magistral estudio de Federico MELIS, *Aspetti della vita economica medievale*. Siena, 1962.

²¹ I. WALLERSTEIN, *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. Academic Press, 1980

²² David O. FRANZ, *Festum Voluptatis. A Study of Renaissance Erotica*. Columbus, Ohio State University Press, 1989

reflexiones dedicadas a este asunto, imagina una Europa que gira, hasta 1750, alrededor de ciudades esenciales, transformadas por su mismo papel en monstruos sagrados: Venecia, Amberes, Génova y Amsterdam.²³ Pero todavía hacia 1500, la ciudad abierta se resiste a ser una realidad, y pocos creen en un centro concreto, pues quizá lo que está en juego es el politeísmo de los valores que pone en movimiento la ética protestante.²⁴

Quizás no se supo aprovechar al máximo el politeísmo urbano de los siglos xv y xvi. Quizá, el miedo al mestizaje, o al poder de individuos situados al margen de la buena sociedad, como Shylock, creara una educación demasiado sentimental.²⁵ Gran novedad de este tiempo de explosión: las ciudades europeas se parecen cada vez más las unas a las otras. Lo que les asemeja es la sensación de dominio de una economía-mundo por la moral del burgués. Werner Sombart nos había enseñado a preocuparnos por este tema. Incluso la expresión *weltwirtschaft* está presente en sus argumentos sobre el desarrollo del moderno capitalismo:²⁶ que es el capitalismo de estado, el que ve en la tradición mediterránea sólo viejas ruinas, escombros, de una próspera civilización arrasada por el paso del tiempo (una sensación que comenzaron a tener los viajeros desde Leibniz hasta Goethe). La visión del europeo ante la herencia mediterránea tiene su lado risueño. Abunda la recreación de paisajes bucólicos, la mezcla de elementos de diferentes culturas, la pasión apenas amagada por el orientalismo.²⁷ El viajero del Siglo de las Luces, como el viajero Romántico, detesta el orden burgués que impera en sus ciudades (aunque desde luego no pueda vivir sin él). Su máximo anhelo es transgredir el espacio clásico, huir hacia esos mundos del ensueño, donde las piedras adquieren una tonalidad diferente según la descripción sea de un alemán como Goethe o de un francés como Stendhal. Salen de su pequeño mundo y marchan hacia la evasión, en busca de su propia identidad.

Pero el lado sombrío de estas metrópolis creadas por el capitalismo de Estado de los siglos xv y xvi lleva las de ganar. Las ciudades son objetivo militar: todas sienten en un momento u otro el empuje de la guerra.²⁸ Los barrios se

²³ F. BRAUDEL, *op. cit.* p. 110

²⁴ M. WEBER, *Protestantische ethik*, cit. Comentario en Hans Blumenberg, *Die Legitimität der Neuzeit*. Frankfurt, Surkamp, 1967.

²⁵ Véase en último término, Joseph SHATZMILLER, *Shylock Reconsidered. Jews, Moneylending, and Medieval Society*. Berkeley-Los Angeles-Oxford, University of California Press, 1990

²⁶ W. SOMBART, *Der moderne Kapitalismus. vol. II: Die euroäische Wirtschaftsleben im Zeitalter des Frühkapitalismus*. Munich & Leipzig, 1928.

²⁷ Francis HASKELL., *De l'art et du goût. Jadis et naguère*. Paris, Gallimard, A989

²⁸ Brian M. DOWNING, *The Military Revolution and Political Change. Origins of Democracy and Autocracy in early Modern Europe*. Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1992.

destruyen con la rapidez que se construyen. Los cañones barren murallas, y derriban viejas construcciones. También la guerra invisible, la de la pestilencia y las enfermedades que regresan cruelmente ante el orgullo de estas ciudades. Un legado que el mundo mediterráneo deja en la Europa atlántica: un legado no resuelto. ¿Qué hacer con los excesos de la población? ¿Qué medidas tomar en caso de epidemia o de revuelta? Nadie lo sabe con exactitud: la moral burguesa quiebra ante la necesidad de imponer un orden excesivamente severo, para el que necesitan las armas que aún están en manos de la aristocracia o de la monarquía. Y, luego, finalmente, los enemigos ocultos, esos seres que deforman la ciudad, sus parásitos: marginales, pobres, mendigos, pero también herejes o brujas.²⁹ Una tribu al margen de la ley y del progreso del cálculo capitalista, sin atisbos de aceptar la moral burguesa y sus normas de conducta y de urbanidad. El progreso no es para todos. Esos signos son ominosos en el umbral del mundo moderno. Xenofobia, racismo, antisemitismo, parecen un cuadro que regresa una y otra vez a la sociedad europea, desde sus márgenes donde el mestizaje existe, y cualquier ruptura del equilibrio hace visible esa terrible realidad. De esa manera se han expresado los expertos sobre este mundo. Lo conocemos bastante bien; ahora quizá ha llegado el momento de imaginarlo un poco mejor, de ir en busca de una interpretación de la cultura europea que emerge de la adopción de los ideales mediterráneos. Los problemas se agolpan para su estudio: la interacción moral de mentalidades opuestas, las dificultades prácticas para observar las cosas como otros la observan, el estatuto legal del sentido común, el poder clarificador del arte, la diversidad de la vida intelectual, la *radical reflexión* sobre el yo y su principio representativo son entre otros temas lo que emerge a finales del siglo XVI.³⁰ ¿Qué se puede decir de ellos? Está claro que ésta es desde luego una historia que deberá afrontarse en otro momento y en otro lugar.

²⁹ El caso concreto de Venecia ha sido analizado con total claridad por John MARTIN, *Venice's Hidden Enemies. Italian Heretics in a Renaissance City*. Berkeley, Los Angeles, University of California Press, 1993.

³⁰ Charles TAYLOR, *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*. Cambridge, Cambridge University Press, 1989.